

Mi relación con la enfermedad mental y el cine

Ione Hernández

«EL CINE, más vale haber sentido un escalofrío por una gota de agua que cae al suelo y comunicarlo, ese escalofrío, que exponer el mejor programa de cooperación social. Esa gota de agua producirá en el espectador más espiritualidad que todos los ánimos para que el corazón se eleve y más humanidad que todas las estrofas humanitarias».

Henri Michaux, *L'avenir de la poésie*



Ione Hernández nació en 1970 en San Sebastián. Licenciada en periodismo por la Universidad del País Vasco, obtuvo una beca para estudiar Comunicación en la Universidad Michael de Montaigne de Burdeos, y posteriormente se trasladó a Washington DC, donde trabajó como periodista en *La Nación Newspaper*. Fue becada de nuevo por el gobierno vasco para realizar un máster de dirección de cine en Los Ángeles, ciudad donde vivió seis años y en la que dirigió seis cortometrajes. Entre 2002 y 2006, se incorporó a la productora de Julio Medem, donde trabajó como directora de la segunda unidad de *La pelota vasca* y, posteriormente, asumió la dirección de *1% Esquizofrenia*, un documental estrenado en las salas de cine y producido por Julio Medem. Ha realizado dos cortos más, *Juego* y *El palacio de la luna*, ambos premiados nacional e internacionalmente. Combina este trabajo con realizaciones de vídeos institucionales, documentales, videocreación y prepara lo que será su primer largometraje: *La socorrista*.

© Ione Hernández

Durante 18 meses estuve inmersa en la realización de un documental sobre la esquizofrenia. Mientras estaba en el proceso de montaje llegó a mis manos un libro, *Las Voces del Laberinto*, del escritor catalán Ricard Ruiz Garzón. Recuerdo que fui a comer algo rápido con el libro bajo el brazo y aproveché la soledad de la comida para leer el primer cuento, titulado *La Entrada*. No pude terminar de comer. Volví a la sala de montaje con un sentimiento muy doloroso. El haber pasado unos meses intentando contar de la manera más honesta todo lo que habita alrededor de la enfermedad de la esquizofrenia me había sensibilizado demasiado hacia ese mundo. Aquel relato fue un azote más de tristeza y de dolor para con ellos, los que padecen esquizofrenia.

Por la tarde seguí con el montaje. Cerré el capítulo del documental relacionado con *El delirio* y me marché a casa.

Recuerdo que durante los últimos días de montaje del documental empezaba a sentir el hartazgo del proyecto y la incómoda rutina del trayecto: caminar por la misma calle de San Bernardo todos los días, de la productora a casa y de casa a la productora; ese día ni tan siquiera recuerdo cómo llegué. El relato me acompañaba todo el tiempo, la calle se difuminó, el documental se hizo pasado; el relato se había metido en mi corazón del todo, y apareció en mí la necesidad verdadera de llevarlo a la pantalla. Esa sensación no iba desde mi cabeza al corazón; su trayecto era el opuesto: del corazón a la cabeza.

Aunque esto ya lo había sentido antes, nunca había sido tan contundente, y es que el cuento hablaba de la enfermedad mental, sí, pero sobre todo hablaba del amor.

Esa misma noche lo traduje a un guión para contar lo mismo que contaba en el documental, pero con un lenguaje más poético y apropiándome de la voz de

una madre que se dirigía a Paul Auster; el resultado de aquel momento se tradujo en el cortometraje *El Palacio de la Luna*.

Ya no camino de casa a la productora, ahora las calles son todas y el relato transformado en película camina solo pero sigue llamándome; Rober, el protagonista de la historia, que padece esquizofrenia, me pide ayuda, y yo quiero ir corriendo a abrir la ventana y extender mi mano para agarrarle fuerte, a él y a todos a los que están a punto de saltar al vacío... y aunque la caída de Rober ya fue, todavía me llama y ahí estoy, con él, y él conmigo; me sigue acompañando. A veces creo que me acompaña incluso más él a mí que yo a él.

ca cosa que puede detener la caída de un hombre, la única cosa lo bastante poderosa como para invalidar las leyes de la gravedad.»

El párrafo subraya la importancia del amor; tiene la fuerza suficiente como para que uno quiera apropiarse de él y no soltarlo nunca, y deduzco que a mí me pasó lo mismo: yo también me he agarrado a ese libro, más concretamente, a ese párrafo.

Y ahí descubro que yo, a la hora de hacer el cortometraje, no estaba



© Ione Hernández

En el cortometraje se cuenta la historia de una madre que escribe a Paul Auster para explicarle que su hijo, enfermo de esquizofrenia, se ha tirado por la ventana abrazado a un libro suyo, titulado *El Palacio de la Luna*.

La madre, intrigada, revisa el libro que su hijo leía antes de suicidarse, y descubre que en el libro que su hijo no soltó de sus manos al tirarse por la ventana estaba subrayado el siguiente párrafo:

«Yo había saltado desde el borde del acantilado y justo cuando estaba a punto de dar contra el fondo, ocurrió un hecho extraordinario: me enteré de que había gente que me quería. Que le quieran a uno de ese modo lo cambia todo. No disminuye el terror de la caída, pero te da una nueva perspectiva de lo que significa ese terror. Yo había saltado desde el borde y entonces, en el último instante, algo me cogió en el aire. Ese algo es lo que defino como amor. Es la úni-

hablando de la enfermedad mental, ni de un chico con esquizofrenia que se suicida, sino que ese personaje con esa enfermedad mental me estaba empujando a mí a hablar de otra cosa: a contar acerca del amor. *Del AMOR como único elemento capaz de detener la caída del hombre.*

Y uno se pregunta: ¿pero qué tiene que ver todo esto con la enfermedad mental, con una revista especializada en psiquiatría? Y yo, como creadora, o como contadora de historias, siempre he visto una relación entre la falta de amor y la enfermedad mental; por ello, al mirar a la enfermedad mental, me siento impulsada a hablar del amor.

Para mí, contar historias supone casi siempre contar cosas en torno al amor, o a su ausencia. Contar algo sobre la enfermedad mental sigue siendo para mí contar algo sobre el amor. Escoger un protagonista que padece esquizofrenia es el pretexto para hablar del amor.

El último libro que he leído sobre la enfermedad mental se titula *Hurry Down Sunshine*, traducido al español como *Hacia el Amanecer*, del escritor norteamericano Michael Greenberg. Es un diario, narrado en primera persona, de un padre cuya hija padece trastorno bipolar. La novela recorre la dura experiencia del padre al enfrentarse a la enfermedad que rapta a su bellísima hija adolescente.

Todos los comentarios sobre el libro elogian la valentía del padre, la honestidad, fuerza e intensidad que transmite el narrador; la impotencia, la desesperación, la cruda realidad que vibra en cada página, que habla sin tapujos de la esencial fragilidad de la existencia humana.

Sin embargo, para mí, además de todo lo descrito por la crítica, con la que sin duda estoy de acuerdo, la mayor fuerza de la historia de esta novela reside en el papel de la madre adoptiva, el personaje secundario de la novela: la mujer que entrega incondicionalmente su amor a una hija que no es suya, a la hija del hombre al que ama, y a quien el acontecimiento más inesperado amenaza con hundir el bote en el que viven. Es en la conducta de esta mujer donde la novela se hace grande y universal, y es ahí donde surge de nuevo en mí la necesidad de traducir esta novela a la gran pantalla, porque habla del amor, sigue hablando de amor.

Servirse de la enfermedad mental como paisaje para hablar de lo más universal, donde la comprensión, la empatía, la necesidad de acercarse asoma de manera natural; donde ya no hay lugar para la queja, la protesta, los estigmas, los abandonos o la incompreensión. Nos encontramos con un paisaje al que la irrupción de una tragedia en la vida de las personas transforma completamente, y ahí se hace un hueco inmenso para el verdadero héroe de la historia: el amor, encarnado en este caso en un personaje secundario, pero que se hace extensible a cualquiera que nos transmita eso, como pueden ser las páginas del libro subrayado de Paul Auster, o en cualquier película, que precisamente por su ausencia grita, y entonces, sin remedio, se hace nombrar.

En este caso, el cineasta se apropia de esta circunstancia que dibuja un nuevo paisaje –la enfermedad

mental– para hablar de lo universal. El deseo de contar viene motivado por el deseo universal de indagar sobre el amor (no importa que sea romántico o, como lo llamo yo, AMOR con mayúsculas).

Y por ello, cuando me preguntan por qué me centro o por qué elijo el tema de la enfermedad mental a la hora de pensar en una película (en mi deseo actual de llevar a la pantalla el libro de Michael Greenberg, o en el ya realizado cortometraje *El Palacio de la Luna*, y todos los que espero estén por venir), lo que me sorprende es la propia pregunta, a la que yo respondo con otra: ¿por qué se sorprende tanto la gente cuando un

cineasta elige hablar de la enfermedad mental en su película? Hay una idea instalada en todos nosotros que impide imaginar la enfermedad mental en el cine, y muchísima curiosidad por ver el resultado de ese gran director que la elige como tema: es inminente el estreno de *Beautiful*, del famoso director Alejandro González Iñárritu, película donde se habla del trastorno bipolar; aunque no he visto la película, estoy segura de que trata sobre el amor. Aun así, no deja de ser algo que sorprende: ¿Iñárritu va a hacer algo

sobre el trastorno bipolar? Resulta extraño, y todo porque existe algo en todos nosotros que no acabamos de aceptar, que rechazamos y que nos hace dudar. En el fondo anida en nosotros, en un lugar muy profundo, la separación entre lo que estamos acostumbrados a que nos cuenten, lo que esperamos que nos cuenten y la enfermedad mental. ¿Realmente esperamos que nos cuenten en el cine la enfermedad mental? Y si es así, ¿qué es exactamente lo que esperamos? Yo lo tengo claro, lo que espero: me van a contar sobre el amor. Sobre todo en el cine, me van a hablar de eso.

Por supuesto, se han hecho muchas películas sobre la enfermedad mental, pero cuando se vuelve a hacer una nueva película es como si fuera la primera. Como si lo que se ha hecho hasta ese momento se borrara, desapareciera; si nos acordamos de algunas de ellas es porque en la trama principal hay algo relacionado con el amor, y si no está en la trama principal, aparece en la subtrama, y está ahí, latente.



© Ione Hernández

«Contar algo sobre la enfermedad mental sigue siendo para mí contar algo sobre el amor»

Pero vuelvo a esa pregunta que me hacen de por qué mirar a la enfermedad mental para contar. Lo que siento es que, cuando en el paisaje que miras está la enfermedad mental y si es nuestro protagonista el que la padece, es ahí donde el observador se siente interpelado e invitado a mirar hacia las áreas más complejas de nuestra existencia, es ahí donde surgen todas las preguntas: ¿quiénes somos como seres humanos? Y aquí asoma sin tapujos nuestra vulnerabilidad, indefensión, ambigüedad, desesperanza, desconcierto, una vez más el misterio, la imposibilidad de controlar realmente nada... En definitiva, todas las cuestiones a las que siempre mirará cualquier disciplina artística, porque es aquello que produce desasosiego, lo que no sabemos y nos asusta lo que hace que el artista o cualquiera de

sible esto: por haber empujado a cambiar el lenguaje, a pasar a otro lado, a transformarlo en algo bello, que finalmente nace de ella; y cuando se reconocen, se saludan, porque nunca han estado ni estarán separados.

Por ello, mirando la enfermedad mental, observándola, encuentro el motor para poder expresar en otros lenguajes lo que los demás no pueden, y ella lo posibilita. Se presenta cruda, dolorosa, accidental... De nuevo tocados, hundidos, y hay que volver a flotar, y el empuje se hace para traducir ese dolor insoportable en imágenes, textos, músicas, formas, todos acompañándose, para hacer fuerza contra el miedo que nos da el mirar y reconocernos en la enfermedad mental.

La cineasta entonces agradece, agradece la posibilidad que le da la enfermedad para mirarse y encontrar la fuer-



© Ione Hernández

Imagen del rodaje del cortometraje *El Palacio de la Luna*

nosotros se sienta *tocado*, o *hundido*, y para salir del hundimiento se expresa...

Y es en la enfermedad mental donde el material se hace rico, se hace generoso, se hace estimulante, se convierte en reto, y entonces intentas expresar lo que nuestro lenguaje, torpe, limitado, prejuicioso, no puede, y lo elevas con otro registro, más poético, o más artístico, para comprender, pero desde otro sitio, uno que llega al corazón y se instala para remover lo estanco, lo pobre, lo que no sirve... Y entonces uno empieza a comprender que no es en la enfermedad mental, es en la naturaleza humana, en la que también habita la enfermedad mental, donde el que quiere expresar reposa su mirada, y observa, observa hasta que ocurre algo, hasta que aparece un hilo que empieza a tener forma, forma de película, de corto, y ahora es esa forma la que manda, la que tira, la que lleva, la que va moldeando, creciendo, y al final camina sola, mirando a quien la inspiró con ojos ahora de *gracias por haber hecho po-*

za para seguir empujando, para no hundirse, y se agarra también a los que, sin herramientas, están a flote.

La respuesta está clara: sólo hay que mirar, y aquello que toca el corazón: contar. A mí me ha tocado el corazón la enfermedad mental, y espero que me acompañe un tiempo, porque inspira, conmueve y rebota, y eso, todo eso es necesario para un artista.

Y Rober, el protagonista de mi corto, me sigue acompañando. El otro día me contaba: «Recuerdo el calor insoportable, recuerdo como corrí a abrir la ventana. El cielo estaba inundado de gaviotas que con sus graznidos me invitaban a un sitio de libertad que hacía tiempo no tenía. El calor de mi madre era tan intenso que me empujaba por detrás, y el sonido de las ambulancias que venían a salvar no sé qué tragedia se me hizo insoportable; entonces empecé a volar, hacia ellas, las gaviotas: una me cogió en el aire; era la mano de mi padre, pero la tenía una gaviota. Ella me salvó, y ahora desde este vuelo que vivo a diario cuido de vosotros.»